

El fútbol es un patrimonio intangible de la humanidad

El escándalo recientemente destapado en el seno de la FIFA reafirma nuestra comprensión de que ese deporte debe ser tratado como *un bien común* que no puede ser dejado a mano de privados ni sometido a exclusividad a los criterios del mercado.

Pablo Maino Swinburn
Abogado

Francisco de Ferari Correa
Licenciado en Filosofía

“**i** La mafia FIFA!... ¿Qué le vamos a hacer?...”: cuesta olvidar la frase que Pedro Carcuro repitió, enrabiado, después de que el árbitro Lucien Bouchardeau cobrara el penal para la selección de Italia en el primer partido de Chile en el Campeonato Mundial de 1998, jugado en Francia.

Él no era el primero en decirlo. Afirmaciones como la suya se repetían a diario en todo el mundo y pocos dudaban de que hubiera procesos oscuros en la sede de Zurich. Sin embargo, todo transcurría como si nada.

ESTADOS UNIDOS Y SU ROL

Nuestro fanatismo por la Copa Mundial no dejaba de crecer y nuestra voracidad como consumidores daba pie a que la FIFA aumentara su poder. Como espectadores, no estábamos disconformes con el espectáculo. ¿Por qué, entonces, se habría de indagar en las cuentas de los ejecutivos?

La Copa del Mundo es la mejor vitrina para futbolistas que, si bien son expuestos a sobrecargas enormes para dar cumplimiento a los compromisos de sus clubes y sus selecciones, no manifiestan disconformidad. Son generosamente remunerados y, por lo tanto, enfrascarse en disputas con los *capos* no parece ser muy sensato.



Los contrincantes en la reciente elección en la FIFA: el príncipe Ali bin al Hussein y Joseph Blatter.

Entonces, ¿por qué Estados Unidos, que nunca ha manifestado gran interés por este deporte, se ha indignado a tal punto, ante determinadas situaciones en relación con la FIFA, que encabeza la persecución de ciudadanos no norteamericanos para juzgarlos por corrupción?

Como afirma el comentarista de ese país John Shulman, una razón de los estadounidenses para movilizar su aparato jurídico es presionar a Rusia, sede de la Copa Mundial en 2018. También es una oportunidad para aumentar su poder e influencia sobre la FIFA: esta tiene incluso más integrantes que la propia Organización de Naciones Unidas y (al contrario de lo que ocurre con esta última entidad) no tiene su sede central en territorio norteamericano.

Junto con las razones geopolíticas, también puede haber algo de “venganza” por la derrota que sufrió Estados Unidos en su postulación a ser sede del Mundial 2022, adjudicado a Qatar.

Hay muchas preguntas que todo el mundo se hizo ante la iniciativa norteamericana: ¿por qué se realizó justo antes de



la elección?, ¿por qué fue Estados Unidos el impulsor de ella?, ¿cómo se hizo para efectivamente apresar a los inculpados?

Podemos escudriñar las razones por las cuales agentes de la policía suiza —tras una solicitud legal procedente de Estados Unidos— irrumpieron el pasado 26 de mayo en una convención en un lujoso hotel de Zurich, arrestando a siete dirigentes de la FIFA acusados de recibir sobornos por US\$ 150 millones. Podremos entender, además, el sofisticado artificio legal desplegado para procesar a los implicados. Sin embargo, queda pendiente una duda central: ¿qué va a ocurrir con ese organismo rector del fútbol mundial? Es una pregunta evidente porque, más allá de los delitos que se le puedan atribuir a ciertos directivos de las distintas confederaciones, es la institución en su conjunto la que se encuentra en tela de juicio. El persecutor no se quedará tranquilo únicamente con la renuncia de Blatter; tampoco la comunidad futbolera, pues a ella no le bastará el “que se vayan todos”. Hay giros que debe dar la FIFA institucionalmente.

¿Qué de “sagrado” tiene el fenómeno llamado fútbol, que exige que todo aquel que se acerque a él deba tener mínimos de comportamiento, ya sea dirigente, jugador o hincha?



LOS DEFENSORES DE BLATTER

No obstante estar detenidos siete ejecutivos, allanadas sus oficinas, estando otros ejecutivos prófugos, Blatter ganó la elección de presidente de la FIFA, cuatro días después del mencionado operativo. Su contrincante, el príncipe Ali bin al-Husseini, de Jordania, declinó ir a la segunda vuelta, en parte reconociendo la dificultad de revertir el resultado y, en parte, para no seguir validando un proceso electoral viciado.

Tanto João Havelange como Blatter extendieron sus mandatos estableciendo una red de protección en las confederaciones de los continentes tercermundistas. Para la FIFA, en este mundo tan desigual, el fútbol debía ser remedio para enfrentar la dominación de los poderosos. La expansión de este deporte en Asia y su profundización en África tenían objetivos más comerciales que futbolísticos, pero servían para sostener que esa Federación estaba del lado de los débiles y los pequeños. Se trataba de una estrategia política muy eficiente, dado que todos los países miembros contaban con un voto: la madre Inglaterra tiene el mismo peso que Vanuatu.

No podemos desconocer lo beneficioso que resultó para confederaciones, como la africana y la sudamericana, la obliquidad de ceder a los jugadores para competir en los torneos continentales y, al mismo tiempo, lo perjudicial que esto es para los grandes equipos de Europa. De más está decir los problemas que tuvo que soportar el entrenador del Manchester City, Manuel Pellegrini, al perder por casi dos meses, en la fase decisiva de la Premier League, a dos de sus principales figuras a raíz de la Copa de África.

Los dirigentes que apoyaron a Blatter no eran todos corruptos, ni todos provenían de países pobres. Las búsquedas de la FIFA por equiparar fuerzas y tender hacia espacios más equitativos, debe destacarse.

La película *United Passion*, uno de los mayores fracasos del cine, recientemente estrenada en Estados Unidos, días después de la operación de captura en Suiza, tiene justamente el propósito de relatar la misión de la FIFA de salvar el fútbol de las manos de Inglaterra, egoísta progenitora. Junto con esa generosa misión, la película buscaba posicionar a los ex-presidentes y al actual presidente de la FIFA como superhéroes. No era muy difícil presagiar su fracaso en los cines.

TODOS GRITAN: “MÁS TRANSPARENCIA”.

La arremetida norteamericana envalentonó a todas las autoridades a nivel global, como si se hubiese levantado un velo de silencio. Desde Vladimir Putin a David Cameron, y An-

gela Merkel y Francois Holland, entre otros, se manifestaron con preocupación ante todos los sucesos, multiplicándose la petición para que Blatter no se presentase a la reelección y, posteriormente, para que renunciase a la conducción de la FIFA. El Presidente Hollande planteó con vehemencia que “la ética es el primer valor del deporte, dentro y fuera del terreno de juego. Exijo que las organizaciones que lo controlan sean innegables, inmaculadas e incorruptas”. Mientras, la Canciller Merkel sostuvo que “el veneno de la corrupción ha invadido la política y el deporte, que se ha contaminado. Hay que limpiar las cañerías de la FIFA. Es absurdo que las cosas sigan como están en esa organización”. Por otra parte, y desde la vereda del frente, Putin acusó a Estados Unidos de “tratar de impedir la reelección de Blatter y el Mundial de 2018 en mi país”. Los sucesos acontecidos no dejaron indiferente a nadie y mantienen instaladas preguntas con respecto al lugar del fútbol en el mundo y el rol de la FIFA como “administrador/monopolizador” de todo lo relacionado con este.

En uno de los tantos efectos liberadores ocurridos por esos días, el Parlamento paraguayo, con una agilidad inédita, terminó con la inmunidad diplomática de la Sede de la Conmebol.

Por otra parte, la ONG Transparencia Internacional realizó una encuesta a más de 35.000 hinchas de treinta países del mundo con el objetivo de “analizar cómo perciben los efectos de la corrupción y la mala gobernanza en la FIFA los aficionados, aquellos que no tienen voz ni voto, pero que son el corazón del fútbol”. Los resultados de la encuesta son clarísimos. Ante la pregunta “Tras los escándalos de corrupción del Mundial, ¿debería presentarse de nuevo Joseph Blatter a la presidencia de la FIFA?”, el 83% votó que no. La oposición contra Blatter fue mayor en Chile, donde el 99% de los encuestados dijo que no debería ser elegido, y en Portugal, con un 97% en contra. En respuesta a otra pregunta, el 69% dijo que no confía en la FIFA, el 17 que sí y el 14 que no sabe. Como conclusiones, Transparencia Internacional —mediante Deborah Unger, su portavoz— dijo que “la corrupción y los escándalos asociados con la FIFA dañaron tanto su reputación que los aficionados no tienen confianza en la organización. Esto envía un fuerte mensaje a la pequeña elite que controla la FIFA en cuanto a que debe limpiar sus actos. Son los hinchas los que pagan y apoyan el fútbol y hacen de la FIFA una de las organizaciones más poderosas del planeta. Merecen algo mejor”.

Por su parte, José Ugaz —Presidente de Transparencia Interna— fue determinante al sostener que “la FIFA está corrupta toda, no es un problema de América Latina o del Caribe”.

Cabe preguntarse, también, ¿se le puede pedir a la FIFA estándares de ética social/política, como si fuera un verdadero Estado? ¿Por qué la enérgica reacción a nivel mundial con respecto al carácter democrático y la transparencia interna de

una federación que agrupa a asociaciones particulares? ¿Se puede considerar al fútbol, y por ende a la FIFA, como una cuestión “entre privados”, únicamente? ¿Qué de “sagrado” tiene el fenómeno llamado fútbol, que exige que todo aquel que se acerque a él deba tener mínimos de comportamiento, ya sea dirigente, jugador o hincha?

**Transparencia Internacional:
“La corrupción y los escándalos
asociados con la FIFA dañaron tanto
su reputación que los aficionados no
tienen confianza en la organización.
Son los hinchas los que pagan y
apoyan el fútbol y hacen de ella una
de las organizaciones más poderosas
del planeta. Merecen algo mejor”.**

EL FÚTBOL, COMO “BIEN COMÚN” QUE EXCEDE LAS LÓGICAS DEL MERCADO

Parece atingente vincular todo lo que circula con el fenómeno del fútbol y sus dimensiones con la noción de “bienes comunes” de la economista Elinor Ostrom. Existe un sinnúmero de experiencias y relaciones humanas y económicas entre las personas que resquebrajan la clásica tensión entre lo considerado como “lo público” y “lo privado”, desde la idea del derecho a

la propiedad. La visibilización de la noción de bienes comunes nos plantea que hay otras maneras de relacionarnos con los otros y con las cosas. El énfasis en la posesión, la propiedad o la competencia no son la única vía, puesto que hay numerosas experiencias de cooperación y colaboración en las más variadas dimensiones de la vida (desde lo económico local hasta lo digital-intelectual). Se presta más atención y se reconocen aquellas relaciones entre personas que rompen con estas lógicas de dominación, potenciando el *nosotros* y construyendo una responsabilidad “anacrónica” (como el texto de Garrett Hardin sobre “La tragedia de los bienes comunes”) sobre lo nuestro, que está más allá de la mera legalidad del absolutismo político-jurídico que garantiza y protege la libre existencia del imperio económico.

Todas las repercusiones a nivel mundial sobre los casos de corrupción en la FIFA nos hacen comprender que el fútbol es un *bien común*, es un patrimonio intangible de la humanidad que no puede ser dejado a manos de privados ni sometido con exclusividad a los criterios del mercado y al baile impuesto por las grandes corporaciones. Se exige y reclama a la FIFA determinados estándares de transparencia, democracia y ética, porque ella ha de ser “administradora/promotora” de algo que no le pertenece, de algo que le excede profundamente y que es de relevancia y valor mundial.

Lo que debe preocupar a los nuevos representantes de la FIFA no son los exigentes estándares que pretenden uniformar el fútbol —como si todos fuéramos Europa—, sino, al contrario, potenciar a este deporte como fuente de intercambio de lo distinto.

Y nunca más permitamos que la organización que vela por los intereses de nuestro *bien común* sea condenada como empresa criminal, como resultado de su uso para la corrupción sistemática, y que nunca más tengamos que vociferar, como Carcuro: “¡La Mafia FIFA! ¿Qué le vamos a hacer?...”. **MSJ**